

¿Poligandromia?

A mediados de la década de los sesenta, me encontraba estudiando en un país socialista europeo y una de las cosas que más me impresionaron —cuando recién llegué— fue descubrir cómo la mujer se había incorporado a las distintas actividades económicas: observé mujeres en la pista del aeropuerto realizando trabajos pesados, en las construcciones, en el metro, en los almacenes, etc. Por doquier era común observar mujeres embutidas en pantalones y camisas de tela gruesa de color azul; eran las nuevas obreras de la sociedad socialista. A medida que transcurrió el tiempo, comencé a observar que aquellas mujeres también eran bastante independientes y que de sus relaciones con los hombres comenzaba a ser eliminada la tradicional dependencia machista.

Por aquellos años de impetuosa juventud y de febril imaginación, inicié una discusión con un amigo ruso sobre el futuro de las relaciones de pareja. Yo sostenía que al haber conseguido la mujer independencia económica, ya no tenían razón de ser los matrimonios fundamentados en compromisos familiares y, mucho menos, aquellos en los cuales las mujeres se casaban con hombres mayores motivadas por un claro interés económico, más nada de amor. Y que, adicionalmente, aquella relación se volvía inquebrantable, no gracias a la armonía familiar, sino a la dependencia económica de la mujer, la cual, incluso, hacía posible la infidelidad tolerada del hombre, más nunca la de la mujer.

Mi joven amigo, fruto de la nueva sociedad socialista, sostenía que el socialismo estaba posibilitando la unión de la pareja perfecta, aquella fundamentada exclusivamente en el amor. Relaciones

monógamas que sólo el desamor podría destruir. Yo, por mi parte —a partir de lo que observé en aquel país socialista, unido a mi experiencia en el mundo capitalista—, sostenía que la tendencia sería no a la monogamia, sino a la “poligandromia”, término que había creado para referirme a las relaciones de los hombres con varias mujeres y de las mujeres con varios hombres.

Por supuesto, mi hipótesis atrevida ofendió el puritanismo socialista del ruso, quien sostuvo que además de inmoral era absurda, ya que resultaría imposible determinar la paternidad. Ciertamente, en la actualidad, dados los avances científicos en el campo del genoma humano, tal determinación de la paternidad no constituye ningún problema, pero bien ese es otro problema.

Nunca más había vuelto a recordar aquella discusión, hasta que recientemente leí un comentario de Vicente Verdú, en el periódico *El País*, titulado: “La nueva pareja: unida y suelta”, motivado por el apareamiento en Francia de un libro de François de Singly, *Libres ensemble* [Libres juntos]. En éste se muestra el nuevo tipo de relaciones entre parejas, las cuales han pasado de la pareja *funcional* a la pareja *fisional*.

Ciertamente, para quienes superamos los cincuenta años resulta un recuerdo maravilloso aquellas relaciones de pareja observadas entre nuestros padres, o vividas por nosotros mismos en nuestra temprana juventud, en las cuales el proceso de convivencia armónico llevaba a una casi identificación de los padres o esposos. Coincían en gustos, en placeres, en sueños, en ideales, en creencias, en la disciplina para criar a los hijos, etc. O,

al menos, así parecía. Ocurría que después de algunas "batallas", muy propias en los primeros años de vida en común, se terminaba arribando a cierto tipo de paz, fruto de las cesiones mutuas o, de la claudicación de uno de los miembros de la pareja, generalmente, dada la desventaja económica de la mujer, ella resultaba ser la perdedora, aunque ganaba un hogar tranquilo. Y dicen que la tranquilidad es lo más próximo a la felicidad.

La fusión era tal, que cuando mi padre murió, recuerdo una expresión de mi madre: "Siento — me dijo— como que me han arrancado la mitad de mí". Y mi padre no era un dechado de virtudes, ni como padre ni como esposo. A mí siempre me pareció alguien muy irresponsable, lo cual, seguramente, no fue nunca un obstáculo para que mi madre lo amara como lo amó, al punto de experimentar tal desgarramiento ante su muerte.

Las nuevas relaciones se caracterizan por una acentuada individualidad. Por ejemplo, Verdú cita: "A uno puede gustarle salir y al otro estar en casa, uno puede preferir relacionarse regularmente con su familia de origen y al otro no. Ningún problema: las actividades que no gustan a los dos no se comparten". Y citando otra obra, añade: "La pareja no debe de ahogar la vida de nadie, ni limitar las potencialidades; más bien debe reforzar la autoestima e impulsar el desarrollo particular. Antes la pareja o el matrimonio era un fin en sí mismo, ahora son un medio. En la generación anterior se proyectaba, se pensaba, se procuraba hacer prácticamente todo juntos; ahora las personalidades se protegen de esas obligaciones conyugales y se resisten a ser devoradas por la voluntad del otro".

Ciertamente, el hecho de que la mujer logre independencia económica, abre la posibilidad de "independizarse" del hombre —esposo, marido, compañero o amante—, y la preservación de su nuevo *status* económico le exige, precisamente, tal forma de conducta que, en algunos casos, llega al punto de que cada quien tenga su propia casa, su propio lugar donde realizar sus relaciones sociales, ya sea por motivos de amistad o de trabajo. Esto ya es común en países como Estados Unidos y Europa. Ciertamente, resulta comprensible que cuando la mujer o el hombre invita a su casa quieren, de alguna manera, mostrar otras facetas de su personalidad, por ejemplo, su cultura, la cual se manifiesta en el tipo de cuadros, de música, de adornos, etc. que les gustan. Claro, ello no es posi-

ble cuando no se tienen casas separadas, o cuando menos, espacios reservados para cada quien.

Recientemente conocí la nueva casa donde vive mi pareja y quedé gratamente impresionado por lo bonita que se ve y se lo dije. Aunque también agregué que a mí no me gustaría vivir en esa casa, lo cual explica dos cosas: primero, entre otras razones, la necesidad que ella tuvo de tener su propia casa; y segundo, el por qué durante más de quince años de convivencia, a ella nunca le gustó nuestra antigua casa, la cual estaba decorada básicamente siguiendo mis propios gustos y no los de ella. O, a veces, creando un monstruoso híbrido, cual suelen ser las casas de algunas familias pequeño burguesas o, generalmente, las casas de los nuevos ricos.

Pero las diferencias y la individualidad de las parejas, que a veces rayan en el individualismo, también se manifiestan en el tipo de restaurantes que se visitan, los cuales tienen mucho que ver con el tipo de personas con quienes nos relacionamos, ya sea por razones de amistad o de trabajo, lo cual, en la actualidad, cuando ya es común que la mujer trabaje en puestos ejecutivos antes reservados exclusivamente para los hombres, genera o puede generar lugares visitados o relaciones entabladas, muy diferentes, inclusive, opuestas.

Cosa semejante ocurre con los horarios de retorno al hogar, con los viajes fuera del país, con el vestuario, etc., los cuales generalmente son diferentes. Y todo ello va contribuyendo a reforzar la individualidad y, en ocasiones, el individualismo del hombre y, o de la mujer.

Antes de seguir con nuestras propias reflexiones, quisiéramos añadir un último dato reportado por Verdú: "El 42 por ciento de los jóvenes actuales declaran que se puede amar a dos personas a la vez y un 65 por ciento prefieren no saber nada acerca de si su pareja les engaña". Esta información fue precisamente la que me llevó a recordar mi vieja tesis de la "poligandromia", la cual pareciera que muestra una fuerte tendencia a ser realidad, al menos en las sociedades del primer mundo, por ahora. Además, la periferia es, en mucho, un reflejo del centro. Y todavía más, ahora, cuando la globalización afecta no sólo a la economía, sino que a los diferentes ámbitos de la actividad humana, incluida por supuesto la cultura.

Adicionalmente, hay otros factores que están posibilitando el cambio hacia una nueva forma de

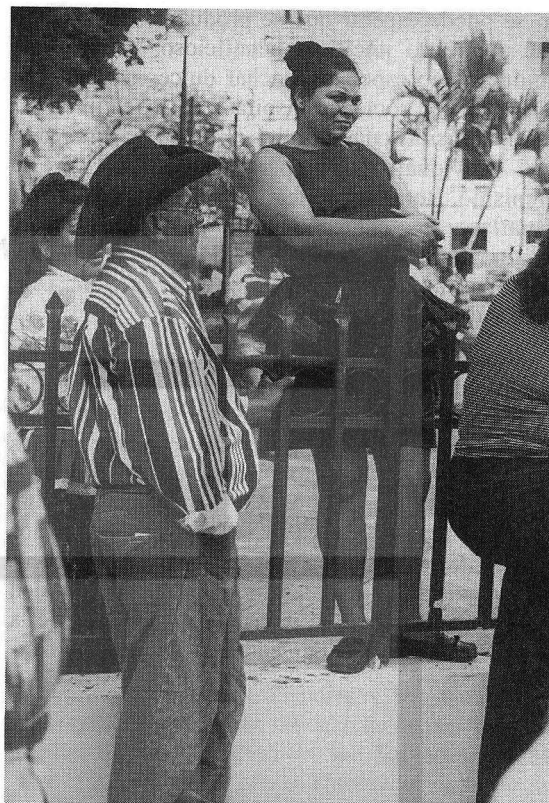
relación de las parejas, como son, por ejemplo, la actividad militante de las seguidoras del feminismo, la incorporación de la mujer en los distintos ámbitos del trabajo, la educación universitaria de la mujer, la transculturización, en razón de las masivas migraciones de salvadoreños al extranjero, etc.

Ahora bien, me parece que es de suma importancia señalar la correspondencia que se da entre los distintos niveles sociales de la vida humana: a nivel íntimo, aparecen nuevas relaciones de pareja marcadas por el individualismo; a nivel de consumidor, encontramos relaciones comerciales impersonales, propio del individualismo extremo; a nivel educativo, aparecen los cursos masivos donde el profesor ya no conoce a sus alumnos; a nivel del trabajo, impera la deshumanización, el oportunismo, la traición, etc.; a nivel de las comunicaciones y el transporte, impera la ley de la selva y el más desafortunado individualismo entre quienes se encierran en los espacios virtuales de Internet, etc. Y a nivel político, la tendencia es a votar a los partidos de derecha, los cuales de una u otra manera expresan las aspiraciones individualistas de la juventud. Pero todo esto, a su vez, se corresponde con el modelo capitalista que se ha impuesto a nivel mundial: el modelo neoliberal signado, principal y fundamentalmente, por el más extremo y salvaje individualismo.

Toda esta realidad, propia del capitalismo, nos anima a decir a quienes no compartimos el sueño capitalista: si usted opta por una determinada forma de organización social, no hay lugar para las quejas, disfrute el sistema a plenitud con todas sus virtudes y desgracias.

Y si nos ocupamos de esta temática es tan sólo porque en el proceso se afecta a seres indefensos. ¿Qué será de los hijos nacidos de la nueva forma de relacionarse de las parejas? No resulta extraño que en Europa los índices de natalidad tiendan a disminuir; las parejas ya no quieren tener hijos y eso que cuentan con la infraestructura necesaria como para poder trabajar y dejarlos relativamente bien protegidos. Europa está envejeciendo aceleradamente y de no ser por los migrantes de África y de los países que conformaban el desaparecido bloque socialista, sus economías entrarían en crisis ante la carencia de fuerza de trabajo.

Es claro que todo este nuevo giro en la vida social se enmascara tras el respeto al individuo y a la individualidad. Pero no es cierto que importe el



individuo en tanto que ser humano, porque si fuera así, no se buscaría completar la implementación del modelo neoliberal con la privatización de los servicios sociales gratuitos y la flexibilización laboral, dejando a los más débiles desprotegidos y en una clara desventaja frente al individualismo voraz de los empresarios capitalistas.

El individuo como individuo no importa, importa en tanto que trabaja, que compra, que ahorra, que vende, que invierte, que atesora, etc. Vea usted las nuevas conquistas sociales en el Tercer Mundo: la ley de defensa del consumidor y la ley de la libre competencia. Cuando nuestro mayor problema es no poder consumir lo necesario y suficiente para garantizar la reproducción material y espiritual de las personas.

Se es individuo en tanto que se tenga algo, y cuanto más se tenga, se es más individuo. Así son las cosas en nuestra sociedad. Lo problemático de las sociedades es que son entes sistémicos y en un sistema todo está interrelacionado y mutuamente determinado. De allí que lo uno viene con lo otro;

no se puede esperar que se produzca sólo aquello que a nuestro juicio es beneficioso. Si siembras limoneros no esperes cosechar dulces naranjas. Si estás por una sociedad inspirada en los valores del neoliberalismo con su culto al dinero, al mercado y al individualismo, prepárate a cosechar más de lo mismo. Romeo y Julieta pertenecen al medievo, Espartaco al esclavismo y María, de Jorge Isaac, ya no encontraría un referente de carne y hueso en nuestros días. Ahora sería más fácil escribir: Don Juan y doña Juana Tenorios.

Por otra parte, una muestra de que no importa la individualidad se evidencia en el hecho de que no se respeta la intimidad de las personas. Empresas y gobiernos controlan las comunicaciones de las personas: desde los teléfonos hasta el correo electrónico vía Internet, hechos que van generando una desconfianza tal, que ya ni las parejas son mutuos confidentes. Cada quien prefiere tener un lado oscuro, impenetrable, inconfesado, por aquello de quién sabe qué nos depara el mañana, lo cual hace de la relación de pareja algo casi casual y definitiva-

mente carente de las promesas de amor eterno, las cuales suenan hasta ridículas, por decir lo menos.

En consecuencia, para finalizar el corto espacio propio de un comentario, debemos decir que a la sociedad capitalista neoliberal, individualista en extremo, no le corresponden relaciones de pareja monógamas ni polígamas, sino poligándricas, y ello no lo calificaríamos como una degeneración de la familia o de las relaciones tradicionales de pareja, tan imperfectas las primeras como las últimas. Y además, como lo sostenía aquel viejo judío alemán: "No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia".

Y ahora sí finalizo. Es claro que lo dicho refleja tendencias; no sostengo que ya vivamos en la poligándromia. Pero pudiera ser que se institucionalizara tal forma de relación entre las parejas, ya que existen suficientes signos o datos para asegurar que tal es la tendencia.

Aquiles Montoya

